

Capítulo 25 - La Tierra de Caminos Quebrados

- [Capítulo 25 - La Tierra de Caminos Quebrados](#)

Capítulo 25 - La Tierra de Caminos Quebrados

El corazón de Tierra dolía al ver, una vez más, lo que había sucedido a la pobre Melodía, pero no tenía tiempo para lamentarse. Hizo un gesto con la mano frente a la cara de Fidelu para captar su atención y le dijo: “Habrá pelea. Prepárate.”

Luego salió corriendo de los Aedes y la Principia, con el pensamiento distraído de que probablemente ya no debía seguir llamándola así. Ya no era una verdadera Principia, sino solo el esqueleto de una.

En el patio principal, el caos ya había comenzado. Formas monstruosas en el cielo se veían de manera imperfecta a través de los bordes de las redes, y la atención de la tribu empezaba a dirigirse rápidamente hacia arriba. Se oían gritos de alarma cada vez que destellos de carne blanca cruzaban los estrechos huecos. El Ojo, o la forma que había adoptado esta vez, se movía por el aire sobre el puesto avanzado, pero era imposible verlo bien. Algunos gritaban y quedaban paralizados; otros gritaban nombres y corrían a buscarlos. Los hombres empuñaban lanzas y miraban hacia arriba con recelo, esperando que nada atravesara el techo.

Y así sucedió. Un brazo con cuatro articulaciones y dos dedos en forma de pinzas surgió de un copo de nieve caído en la copa del árbol, lanzando una ráfaga explosiva de barro húmedo en todas direcciones. Rasgó una tienda y agarró a dos humanos, un joven y un niño, y empezó a elevarlos hacia arriba.

Tierra corrió hacia ellos y absorbió mana, luego saltó para agarrar el brazo. Iba tan rápido que chocó con los dos humanos con un golpe aplastante y casi no logra sujetarse. El niño gritó de dolor, pero Tierra no sintió nada romperse, así que espero que estuvieran bien. Se trepó como una ardilla hasta rodear con ambas manos uno de los dedos gigantes y tiró con todas sus fuerzas, abriendo el agarre de la garra.

Los dos humanos cayeron de espaldas, de cabeza, y por un instante Tierra estuvo seguro de que se estampan contra el suelo, pero Socks los atrapó con su mente y los acomodó suavemente. El cachorro ya había regresado al interior del fuerte, gracias a la gracia divina. Socks lo tomó y lo arrastró hasta la mitad del patio.

-Solo hay que destruirlo todo—ordenó Socks en su mente, y Tierra estuvo de acuerdo. Pero antes de que pudieran siquiera girarse, otro brazo monstruoso rasgó las redes no lejos de su posición y lanzó una tienda de campaña a un lado. Atrapó a una mujer que sostenía un bebé en brazos y la levantó. En un acto desesperado de buen juicio, ella arrojó al pequeño a alguien cercano.

-No puedo agarrarlo—dijo Socks, refiriéndose al enorme brazo. Entonces quedó claro: era lo mismo que habían enfrentado afuera de Ogena. Socks tampoco pudo atrapar esa criatura con su mente en aquella ocasión.

Tierra sacó su cuchillo y se lo lanzó a Socks, quien lo capturó con su mente y lo envió volando con mayor rapidez que una flecha. Sin embargo, fue demasiado tarde, y la mujer gritó desesperada cuando fue levantada por el agujero en las redes. Socks devolvió el cuchillo a Tierra.

-¡Derríbalo todo!—gritó Tierra en su mente, y Socks obedeció. Las redes comenzaron a desgarrarse y colapsar por todas partes, enterrando a humanos desafortunados bajo montones de nieve y telas, casi imposibles de sacar.

Los niños cercanos corrieron hacia Socks, cientos de ellos, pero no todos. Tierra se aseguró de que quedaran atrapados bajo las redes caídas, jalándolos a un lugar seguro con su propia mente. El impulso de rebote lo hizo deslizarse por el suelo en varias direcciones y cayó más de una vez, pero pronto una buena parte del cielo quedó a la vista, junto con el Ojo.

Pero esta vez, no solo era un ojo, sino una mirada profunda que asomaba a través de su rasgadura en el firmamento. Otros orificios se abrieron en el aire, por donde surgieron largas extremidades delgadas y desgarradas, agitándose en busca de su próximo blanco. La mujer atrapada no se encontraba a la vista, pero Dirt sospechaba que estaba en medio de una masa renitente que flotaba cerca del ojo, una que añadía un matiz rojizo y tumefacto a su carne pálida y enfermiza.

Todos comenzaban a gritar, sumidos en un caos total. Afortunadamente, casi todos los niños de la tribu estaban junto a Socks, por lo que ninguno fue aplastado en la frenética estampida en busca de la salida.

Socks tomó su bola de hierro del bolsillo de su arnés y se preparó para lanzarla.

“Primero los brazos, para que nadie más sea atrapado,” dijo Dirt.

La bola de hierro surcó el aire como un rayo, con tanta fuerza que incluso las patas de Socks resbalaron sobre la piedra desnuda. Arriba, un brazo monstruoso explotó en un lanzallamas de sangre y carne, atravesando un espacio donde la red aún no había caído.

Dirt concentró su energía y llamó unas chispas cerca del propio Ojo, que hizo estallar en llamas como distracción. El Ojo no pareció mostrar indicios de daño, pero giró en su orbe viscoso para buscarlo a él y a Socks, que permanecían abajo. Comenzó a deslizarse en silencio en el aire hacia ellos.

Socks destruyó otro brazo, y luego otro, balanceando la bola con tanta rapidez que parecía invisible, mientras su enorme cuerpo se balanceaba impulsado por la inercia.

El Ojo parecía prestar poca atención a sus heridas. Se detuvo justo antes de alcanzarlos y dirigió su mirada hacia abajo, hacia un grupo de humanos.

Biandina. Ella estaba allí abajo, con los brazos extendidos en defensa sobre sus pequeños hermanos, y el ojo la estaba observando directamente. Su padre estaba a su lado, con la lanza en alto, listo para atacar a lo que fuera que se acercara. La madre, afortunadamente, no se encontraba en el lugar, y Dirt esperaba que estuviera a salvo en algún sitio con el bebé.

Al fijarse en ella, el Ojo flotó hacia arriba y retiró los muñones de sus brazos destrozados, enroscándolos de nuevo en el cielo.

El grupo de humanos abajo se dispersó y cada uno corrió en distintas direcciones. La mitad cayó, tropezando con tiendas colapsadas o enredados en telas y cuerdas de la red. Quien caía, era levantado en lugar de ser pisoteado.

Antelmu, el mayor de los niños, tenía a Oraziu y Miliu bajo los brazos cuando logró liberarse del caos. Su rostro reflejaba determinación y propósito, y corría con una fuerza sorprendente, esquivando con agilidad las tiendas hasta alejarse lo suficiente para esconderse. No le serviría mucho; Dirt podía oír los gritos agudos de Oraziu desde aquí, incluso sobre el estruendo de la multitud. Lavisa, la joven que apenas era mayor que Biandina y con quien había hablado de bailar, no tardó en alcanzarlo.

Eso dejó a Biandina y a otros tres sin tiempo para escapar. El Ojo se llenó de un líquido rojo que siseó y parpadeó, dejando caer una sola lágrima justo sobre ellos. Su padre haló con fuerza a Gnaziu, haciendo que cayera de cabeza, y empujó a Lisea fuera del camino. Pero Eudossia agarró las piernas de Biandina, impidiendo que se moviera del lugar peligroso. Sin otra opción, Biandina estrechó a su hermana en brazos y se inclinó en defensa, doblando sus armas en un acto protector.

Dirt corrió hacia allí con la máxima velocidad que sus piernas cargadas de magia le permitían, pero la distancia era mucha. Socks intentó agarrar la gota roja, pero su mente no logró asirse a ella. Solo le quedó un instante, en ese breve lapso, para lanzar un jirón de tela—probablemente parte de una tienda—en la trayectoria de la gota.

La lona de la tienda absorbió la mayor parte del líquido, pero no todo. Una salpicadura logró pasar y cayó sobre el brazo y el hombro de Biandina, con unas gotas en su espalda.

Todo lo que el líquido tocaba se destruía, evaporándose en un humo amargo y pestilente en un instante. La tela de la tolda se convirtió en tiras enredadas, y la superficie de la piedra quedó llena de hendiduras donde la salpicadura cayó. El brazo de Biandina quedó completamente amputado en el hombro y cayó al suelo. Las heridas en su espalda profundizaron, exponiendo costillas y las cosas que estaban debajo. Su ropa ya había sido desgarrada y arruinada, pero ahora solo quedaban jirones tan desgarrados como la vestimenta de la diosa.

Ya no era posible distinguir quién gritaba o quién no. Biandina cayó de rodillas, expulsando a Eudossia hacia un lado. Su padre sujetó a la niña más pequeña y la llevó a un lugar seguro, con la mirada angustiada fija en las fosas humeantes en el suelo.

Entonces ella también sintió la tierra, demasiado tarde. Se encogió, jadeando, incapaz de soportar los daños en su cuerpo, sin mencionar el dolor. Sus heridas comenzaron a sangrar copiosamente y

Dirt no perdió tiempo. La levantó por el muslo y la axila, sin preocuparse en lo más mínimo por su consuelo, y corrió hacia Socks.

Los saltos imbuidos de mana la llevaron sobre tiendas arruinadas y montones de basura agrupada, y la Mirada los seguía. Dirt escuchó otra gota solo unos pasos detrás y sintió una punzada ardiente en la pantorrilla por una salpicadura, pero no fue suficiente para detenerlo. Logró regresar con Socks antes de que sus ojos comenzaran a lagrimear por el dolor.

La multitud de niños alrededor de Socks se había dispersado, la mayoría huyendo hacia sus hogares o al menos escondiéndose en otro sitio. Socks apartó con suavidad a los pocos rezagados que quedaban, muchos de ellos cayendo un poco bruscamente pero sin sufrir daño alguno.

Desgarró las ropas rasgadas de la camiseta arruinada de Biandina y, por segunda vez, lamió sus heridas para salvarle la vida. Esta vez ella estaba despierta y se atragantó, jadeó y se retorció con repulsión por cómo se sentía, lo que también hizo que Dirt se sintiera miserable.

Pero no tenían tiempo. Ni siquiera para lamerle completamente las heridas antes de que la Mirada estuviera sobre ellos y otra gota comenzara a llover. Socks logró poner a todos a salvo, pero apenas—una niña pequeña salió en el último instante y casi sufrió la mayor parte del impacto. Socks y Dirt la empujaron a un lugar seguro con la mente con tanta fuerza que la aceleración repentina la dejó inconsciente. Gracias a la gracia, ninguna mente desapareció.

Dirt miró hacia arriba justo a tiempo para ver un brazo con cuatro articulaciones presionar a un hombre que se agitaba contra la masa roja y hinchada de carne que flotaba cerca de la Mirada. Prácticamente fue absorbido en ella al instante.

Socks preguntó, -¿Qué hacemos? - El cachorro parecía desesperado.

“¡Fuego! ¡Quemen todo el cielo!” gritó Dirt mentalmente. “Primero, unión de mentalidades.”

Sus mentes se fusionaron y, en un instante, el cielo azul se llenó de chispas brillantes que se expandieron tan ampliamente como su conciencia conjunta lograba abarcar.

Socks y Dirt inundaron el cielo con otra oleada de chispas para reforzar la primera, vigilando con dos conjuntos de ojos para mantenerlas ardiendo, y las incendiaron todas con un estruendo ensordecedor. Una onda de calor abrasador atravesó el puesto avanzado, tan intensa que el cuerpo del chico tuvo que cerrar los ojos y apartarse.

Llamas más calientes y brillantes que el sol llenaron el cielo, explosiones anaranjadas, rojas y blancas de fuego que se enrollaban y rompían con furia. La mente casi muerta de la Mirada se retiró rápidamente, se cerró y desapareció.

Los calcetines y la tierra mantuvieron vivas las llamas un poco más, contando hasta tres, hasta que incluso el lobo se quedó sin maná y no pudo seguir satisfaciendo la demanda. Las llamas se extinguieron, el cielo se oscureció a medida que el color azul regresaba.

A solo unos pasos, la masa bulbosa y retorcida cayó y explotó. En su interior y yacían los restos de tres humanos: las personas que habían sido arrancadas. Estaban a medio camino del proceso de ser transformadas en otra cosa, algo repugnante e incompleto. Sus cabezas estaban expuestas, rostros muertos y ojos mirando a la nada, pero sus torsos estaban fundidos entre sí. La mitad de sus extremidades ya había sido absorbida.

Los calcetines y la tierra observaron la escena con total disgusto, y el lobo arrojó con toda su fuerza mental aquello fuera del fuerte. El lobo levantó al niño en el aire para poder escudriñar en busca de peligro adicional, pero no había nada a lo largo del horizonte ni podían detectar ninguna mente peligrosa. Solo las mentes de una multitud de humanos en un estado más allá del terror, y los caballos, que de alguna forma habían quedado protegidos de todo aquel caos.

Aún así, mantuvieron la vigilancia un momento más solo para asegurarse, antes de bajar al niño y separar la fusión mental.

No hubo silencio en la multitud una vez que el peligro desapareció. Los gritos de terror se transformaron en lamentos de angustia, dolor o llamadas de ayuda. La tierra se sintió enferma por dentro. No había pensado que esto sucedería, ni que debería haberlo previsto. Pero allí estaba, como respuesta a algo que él había hecho.

Los calcetines volvieron a lamer a Biandina mientras la tierra observaba la devastación a su alrededor. En los pocos momentos en los que duró el conflicto, la tribu había perdido su red de cielo y al menos la mitad, o más, de sus tiendas había quedado destruida. Todo el área estaba hecha un desastre, dejando montones empapados. Las madres corrían desesperadas en busca de sus hijos, y los hombres permanecían preparados con lanzas, como si no pudieran creer que ya había terminado.

Y quizás todavía no había acabado. El Ojo había centrado su atención en Biandina, ¿significaba eso que la seguía de alguna manera? Tal vez ella había tenido razón desde el principio. Quizá estaba maldita, o al menos, era su equivalente funcional.

La herida en su pantorrilla necesitaba lamerse y la tierra sintió la sangre haciendo que la parte inferior de su talón se pegajosa. Pero no estaba listo para deshacerse del dolor, todavía no.

Sintió un escalofrío donde no lo esperaba y echó un vistazo hacia atrás para descubrir que sus pantalones estaban demasiado ajustados, y la costura había quedado rasgada en la parte trasera. Una inspección más detallada reveló daños similares en ambas axilas. Frunció el ceño. Al mirar alrededor, parecía poco probable que alguien quisiera ofrecerle ropa nueva, ya tenían suficiente con sus propios problemas. Se avecinaba un invierno largo y helado para ellos.

-¿Qué hacemos con ella ahora?- preguntó Socks. -Si la dejamos, volverán a echarla, y ahora solo tiene un brazo. Ah, olvidé tu pantorrilla. Ven aquí y no discutas.-

La tierra reflexionó mientras Socks le curaba, pero en definitiva, ¿era esa su decisión? Biandina estaba arrodillada, bufando y llorando suavemente mientras cubría sus pechos con el brazo que le quedaba. Sus heridas estaban limpias, pero la piel apenas comenzaba a regenerarse y todavía parecía carne molida. Su cabeza estaba baja, pero seguía mirando a su alrededor, incapaz de

apartar la vista de la destrucción.

Echó un vistazo a sus pensamientos y encontró lo que esperaba. Una emoción amarga y dolorosa que surgía con fuerza en cada pensamiento. Pensamientos cargados de autocompadecimiento y culpa por el triste estado de su tribu. Ella había traído esto sobre ellos. Ella había llevado el Ojo con su sacrificio.

De hecho, ya planeaba cómo irse. Deciría al muchacho que necesitaba ir al baño, le indicaría al lobo que no la siguiera, y luego huiría para nunca regresar. Era mejor caer en la nieve y morir allí afuera que enfrentar las consecuencias. Se suponía que debía partir y morir, pero volvió, y este fue el resultado.

Dirt se agachó junto a ella y le dio una palmada en la espalda, en una parte de su piel que aún no había sido dañada. “Sé lo que estás pensando y no es tu culpa”, dijo. Intentó sonreír, pero no pudo obligar a su rostro a mostrar una.

“¿Qué sabrás tú?” dijo, con la voz entrecortada. Apenas podía hablar. Dirt escudriñó su mente y hasta sus pulmones dolían.

“Fue uno de mis errores, no tuyo. Intenté arreglar la estatua y eso hizo que saliera el Ojo”, explicó él. Las palabras casi se le atoraban en el pecho. Socks había comenzado a ayudar a los otros humanos, desenredándolos de las redes o lo que fuera, y Dirt también ayudaría pronto. Cuando pudiera levantarse y enfrentar a todos los humanos cuyas casas había ayudado a destruir.

Ella dijo, “Odio esto. Odio estar viva. Todo el mundo acepta la desgracia sin más. No deberíamos tener que vivir así. ¿Sabes qué pensé, Dirt?” Su voz era débil y temblaba por las secuelas del dolor. “Si todos simplemente hicieran lo que saben que es correcto, pero no se atreven, esto no sería así. Solo quería detener a esa ruca que se llevó a Prosperu, para que no se llevara a nadie más, pero mira en lo que he terminado.”

Dirt asintió. “¿Entonces pensaste que tal vez los humanos deberían luchar en lugar de simplemente desaparecer?”

“No te burles de mí”, dijo ella.

“No lo haré. Yo también intenté lo mismo aquí. ¿Estaba equivocada? No lo sé. Realmente no lo sé. ¿Qué piensas tú?”

“¿Qué pienso yo?” dijo ella. Finalmente giró la cabeza y lo miró. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos, y temblaba cada vez que se movía. Pero aún había un poco de vida en ella, para su alivio. “¿Qué hiciste exactamente?”

“La suerte no siempre fue así con los dioses. Se suponía que debían ser hermosos y benevolentes. Algo les sucedió hace mucho tiempo, y quizás... no sé si fue una tontería o no. Pero pensaba que si arreglaba la estatua, Melodia volvería”, explicó Dirt, con tono suave, quizá avergonzado. La admisión no quería salir de sus labios y tuvo que empujarla. “Esperaba que ella todavía estuviera en el mundo, y los otros dioses. Guiando las cosas, intentando salvarnos. Pero no sé.

Probablemente no.”

“Los dioses son malos. Todos...” Tosió y escupió un bulto de algo sangriento al suelo. Lo miró y dijo, “Eso no es buena señal.”

“Socks te lamió, así que te recuperarás.”

“Si tú lo dices,” dijo Biandina.

“Lo harás,” afirmó Dirt.

“Honestamente, Dirt, ahora mismo siento mucho dolor. ¿Podemos hablar después?” dijo Biandina.

“¿Antes o después de que te escapes a morir en la nieve?” replicó él.

“No voy a ir a morir en la nieve,” dijo ella, con un destello de fuego en los ojos. Su mente revelaba que mentía, pero le molestaba que pensara así. Y... tampoco estaba tan segura de querer morir. Casi lo había intentado varias veces. Quizás...

—¿Oh? Es bueno saber que te quedas aquí, entonces — dijo Dirt. Luego sonrió, a pesar de sí mismo.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que te hace gracia?

—No conozco mucho a los humanos todavía, pero tú me recuerdas a Marina. Ella quería salvar a su pueblo, igual que tú. Lo mismo—si nadie hace algo, nada cambiará y todos desaparecerán. Ella encontró a Hèctor e Ignasi, y fueron los primeros humanos que vi. Han tenido éxito hasta ahora. Encontraron al duque y él prometió ayudar a su ciudad — explicó Dirt. —Todavía tienen mucho por hacer, pero ella fue quien empezó a mover las cosas.

—¿Y tú? —preguntó Biandina—.

—Estoy intentando salvar a todos los humanos, no solo a una tribu — añadió con tristeza—. Este no fue mi mejor momento.

—¿Vas a traerla con nosotros, verdad? —preguntó Socks.

—Solo si eso está bien contigo. —

—Supongo que estoy de acuerdo con lo que tienes en mente — dijo el cachorro, añadiendo un suspiro mental que en realidad no sentía. No podía ocultar del todo los sentimientos de protección que empezaba a tener por aquella pobre humanita cuya sangre aún saboreaba en la lengua.

Dirt dijo, —Entonces, ¿quieres venir con nosotros?—

—¿A dónde? —preguntó ella.

—A conocer a Marina. Y a ayudarme a salvar todas las tribus, incluida la tuya.

—Ahora soy inútil — dijo Biandina, aunque en su interior no creía en sus propias palabras. Ya pensaba en cómo ataría un nudo con una sola mano, en muchas otras cosas. Había perdido su brazo derecho y era diestra, pero aún podía manejarse. Tendría que hacerlo.

—Antes también eras inútil. ¿No era ese tu problema? Pero creo que algunos de mis amigos podrían ayudarte a crecer un nuevo brazo — dijo Dirt—. Y realmente quiero que los conozcas. Y en el camino, podrás enseñarme más sobre los humanos, ya que todavía soy un aficionado. Y una razón muy importante es que necesito a más personas como tú. No sé qué haré con todos ellos, pero no puedo salvar a los humanos solo — ni siquiera con Socks.

Ella asintió y Dirt observó mentalmente cómo su determinación crecía y se asentaba. Desde hacía mucho tiempo sentía esa necesidad, y aún la sentía ahora. El mundo estaba equivocado y alguien tenía que hacer algo. Sus padres escuchaban sus quejas y la llamaban tonta y infantil, diciendo que eran caprichos de una niña ingenua. Pero ella lo sabía en lo profundo de su corazón. Se aferraba a ese sentimiento, lo saboreaba, y lo convertía en esperanza en lugar de arrepentimiento o miedo. El lobo era fuerte, y también el muchacho. Sorprendentemente fuerte. Quizá, quizás...

Biandina se levantó, adolorida y luchando por mantener cubidos sus pechos con su brazo restante. Frunció el ceño al enderezarse, luego tosió de nuevo. Y más fuerte aún, en voz alta, hasta escupir otra masa de carne suelta desde sus pulmones. ¿El llanto del Ojo se había profundizado allí, acaso?

—Déjame buscar otra camiseta — dijo tímidamente, empezando a sentirse avergonzada ahora que estaba de pie, visible para todos—. Y ayudar a limpiar un poco, si me dejan. Y despedirme debidamente esta vez.